

—Según vos, pues, replicó Matías, el flamante católico, Jesucristo es quien instituyó la confesión.

—¿Cómo no? ¿Quién sino él pudo instituir la?

—Hasta ahora había creído que esta institución era puramente humana y establecida por los eclesiásticos para conocer los secretos y enredos de las familias. Así lo había oído en el club y leído en periódicos que son tenidos por serios y de los que conservo todavía alguno.

—Creemos ser harta verdad lo que decís, porque, en este tiempo de profanaciones y escándalos, no hay objeto, por sagrado que sea, que no haya sido manchado por las blasfemias de los hombres. Permitidme sin embargo que os pregunte: ¿cómo se llamaba el eclesiástico que inventó la confesión, y en qué año se practicó por vez primera?

—Del inventor no hablaron y sí que decían que tuvo principio en el cuarto Concilio de Letrán.

—Suele decirse que la mentira es hija de algo. Nosotros decimos que la mentira es siempre mentira, y que se os ha inducido en un gravísimo error. El Concilio de Letrán no hizo más que fijar el tiempo en que debe confesarse todo fiel cristiano, esto es, se encargó de hacer observar una ley que ya existía, confirmada y defendida por la práctica de todos los siglos. San Dionisio en el primero, Tertuliano en el segundo, en el tercero San Cipriano, en el cuarto San Ambrosio, y en el quinto San Juan Crisóstomo y luego un Optato y un San Agustín, nos hablan de la confesión, y establecen que de nuestras confesiones depende la desaparición del pecado, la recuperación de la gracia y la perfecta reconciliación con Dios; y hasta leemos que los cristianos de Éfeso acudían al Apóstol San Pablo confesando y manifestando sus actos.

—Pero lo cierto es, replicó con tono altanero el valiente Matías, que aquellos primeros cristianos no se confesaban con tanta frecuencia como los de ahora.

—Es verdad; ¿y sabéis por qué? porque la mayor parte de ellos habían sido bautizados en una edad en que son menos vivas las pasiones; y por otra parte como todos los días, á cada hora y hasta á cada momento, se veían expuestos á los tormentos y á la muerte, obraban con fervor y se esforzaban en conservar la gracia